

LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR EN EL TEMPLO (2 de febrero)



Historia de esta celebración

En el siglo IV la peregrina Egeria conoció en Jerusalén esta fiesta, que luego se extendió por toda la Iglesia. Es una celebración que siempre ha disfrutado de unos textos de gran riqueza poética y musical, de lo que es buena muestra el canto de las Vísperas bizantinas: Hoy la santa Madre, más elevada en dignidad que el santuario mismo, penetra en él para que el mundo contemple al que, siendo autor de la Ley, viene hoy a someterse a ella; o el canto procesional griego que ha pasado a la liturgia romana: Adorna, Sión, tu cámara nupcial. Acoge a Cristo, tu Rey. Ve presuroso hacia María. Ella es la puerta del cielo, pues he aquí que tiene en sus manos al Rey de la gloria, a la luz nueva, engendrada antes de la aurora; que ha inspirado el bello himno de Laudes de nuestra Liturgia de las Horas: Iglesia santa, esposa bella, sal al encuentro del Señor, adorna y limpia tu morada y recibe a tu Salvador.

La liturgia romana sigue dando gran importancia al rito de entrada, ya sea haciendo la procesión de la luz desde una iglesia menor u otro lugar fuera de la iglesia, o bendiciendo el sacerdote las candelas desde la entrada del templo y haciendo la procesión al altar precedido de un grupo de fieles. Situada a los cuarenta días de la Navidad, en recuerdo de la norma de Moisés que mandaba ofrecer a Dios a los hijos primogénitos en este plazo, como signo de la alianza con Dios y en gratitud por la liberación de Egipto, esta fiesta conserva los elementos que destacan sus diferentes nombres, tanto el de *Encuentro* en la liturgia oriental (*Hypapante*), como el de *Purificación de nuestra Señora* hasta la reforma de Juan XXIII, en 1960, en que pasó a ser fiesta del Señor con ornamentos blancos en la liturgia romana: *Presentación del Señor*.

Cómo participar en esta celebración

Corramos todos al encuentro del Señor. Los que con fe celebramos y veneramos su misterio, vayamos todos con alma bien dispuesta. Nadie deje de participar en este encuentro, nadie deje de llevar su luz. Llevamos en nuestras manos cirios encendidos, ya para significar el resplandor divino de aquel que viene a nosotros —el cual hace que todo resplandezca y, expulsando las negras tinieblas, lo ilumina todo con la abundancia de la luz eterna—, ya, sobre todo, para manifestar el resplandor con que nuestras almas han de salir al encuentro de Cristo. En efecto, del mismo modo que la Virgen Madre de Dios tomó en sus brazos la luz verdadera y la comunicó a los que yacían en tinieblas, así también nosotros, iluminados por él y llevando en nuestras manos una luz visible para todos, apresurémonos a salir al encuentro de aquel que es la luz verdadera.

Sí, ciertamente, porque la luz ha venido al mundo, para librarlo de las tinieblas en que estaba envuelto y llenarlo de resplandor, y nos ha visitado el sol que nace de lo alto, llenando de su luz a los que vivían en tinieblas: esto es lo que nosotros queremos significar. Por esto avanzamos en procesión con cirios en las manos, por esto acudimos llevando luces, queriendo representar la luz que ha brillado para nosotros, así como el futuro resplandor que, procedente de ella, ha de inundarnos. Por tanto, corramos todos a una, salgamos al encuentro de Dios. Ha llegado ya aquella luz verdadera que viniendo a este mundo ilumina

a todo hombre. Dejemos, hermanos, que esta luz nos penetre y nos transforme. Ninguno de nosotros ponga obstáculos a esta luz y se resigne a permanecer en la noche; al contrario, avancemos todos llenos de resplandor; todos juntos, iluminados, salgamos a su encuentro y, con el anciano Simeón, acogamos aquella luz clara y eterna; imitemos la alegría de Simeón y, como él, cantemos un himno de acción de gracias al Engendrador y Padre de la luz, que ha arrojado de nosotros las tinieblas y nos ha hecho partícipes de la luz verdadera.

También nosotros, representados por Simeón, hemos visto la salvación de Dios, que él ha presentado ante todos los pueblos y que ha manifestado para gloria de nosotros, los que formamos el nuevo Israel; y, así como Simeón, al ver a Cristo, quedó libre de las ataduras de la vida presente, así también nosotros hemos sido liberados del antiguo y tenebroso pecado. También nosotros, acogiendo en los brazos de nuestra fe a Cristo, que viene desde Belén hasta nosotros, nos hemos convertido de gentiles en pueblo de Dios (Cristo es, en efecto, la salvación de Dios Padre) y hemos visto, con nuestros ojos, al Dios hecho hombre; y de este modo, habiendo visto la presencia de Dios y habiéndola aceptado, por decirlo así, en los brazos de nuestra mente, somos llamados el nuevo Israel. Esto es lo que vamos celebrando año tras año, porque no queremos olvidarlo.

(San Sofronio, Obispo, 550-639)

Oración

Dios todopoderoso y eterno, en este día en que tu Hijo único fue presentado en el templo con un cuerpo como el nuestro, te pedimos nos concedas a nosotros poder ser presentados ante ti, plenamente renovados en nuestro espíritu. Por nuestro Señor Jesucristo.